

porte y con la belleza y tipismo de sus vestidos, cuando en las vísperas de fiesta acudían en grupos a la fuente, pensando en el día siguiente.

Mozas capaces de inspirar a un nuevo Jorge Manrique si tal poeta las hubiera visto. Mozas del pueblo en la fuente, alegría de viejos y de jóvenes: os eliminó la indudable ventaja de ese escalón del progreso, que tiene el nombre comercial de «agua corriente en las casas».

Mozas de mi pueblo, hoy ya desaparecidas: Un viejo amigo os dice... ¡Adiós mozas, adiós!...

Pasaron las fiestas. La vida del pueblo recobró su tranquilidad. Hay que regresar.

Hoyos, apiñado en torno a su magnífica iglesia de sillería granítica de los últimos años del estilo gótico, en la que contrasta su principal románica con columnatas, capiteles, tres arcos de medio punto y restos de figuras toscamente labradas, —y que guarda orgullosa un soberbio altar mayor en el que destacan cuatro grandes columnas cuajadas de preciosos adornos churriguerescos, que sostienen una hermosa cúpula y encuadran un sin par dosel en el que se presenta como en un cielo de oro y filigrana una tan bella imagen de María Purísima que a Murillo inquietaría,—empieza a quedar atrás.

Hoyos, con el palacio en que murió el Obispo Alvarez de Castro, asesinado por las tropas de aquel mariscal francés que en Bailén humilló sus águilas, con sus casonas de arcos de medio punto, con sus ventanas de ajimez, y sus soberbios balcones, empieza a perderse de vista envuelto en el verdor del arbolado de sus campos.

Más adelante, en un viaje de dulzura de recuerdos y amargura de imposibles, los magníficos pinares de Gata y de Villasbuenas; la carretera serpentea buscando el puerto por donde un día bajaron los soldados leoneses de Fernando II y Alfonso IX a reconquistar Coria y Cáceres. Luego, Ciudad Rodrigo, Salamanca y Avila, hitos de nuestra historia; el Alto de los Leones, campamento de modernos héroes y, al fin, Madrid, en cuya inmensidad de cemento y de asfalto volveremos a hundirnos, con los ojos del alma vueltos siempre a las tierras que sólo de tarde en tarde podemos disfrutar.

JOSÉ AGUILAR ALVAREZ

## SERENATA

DIVINA, sal al marco de tu amada ventana,  
tu mejilla a la luz, tu cabello a la brisa,  
mientras yo voy contando las perlas de tu risa  
y orlando de rubies tu trono de sultana.

Día y noche te adoro,  
contigo río y lloro  
y te acuno en mis brazos desde aquí  
y sé que tu eres mía  
desde tu lejanía  
y que bordas un ramo de amores para mí.

Qué hermoso es yacer  
al atardecer  
en un prado de ensueños de cara al infinito  
y aspirando el recuerdo de tu aliento  
saborear contento  
la miel de tu alegría y el vértigo bendito.

Qué placentero oír  
a la muerte venir  
dormido en la corola que finge tu regazo  
y llegar al no ser  
y volver a nacer  
como un orto de luz al alzar de tu brazo.

Y en tu oído cantar, caracol

y cuerda de violín, por tu mano vibrar  
y con rayos de sol  
escribir la canción de tu nombre en el mar.

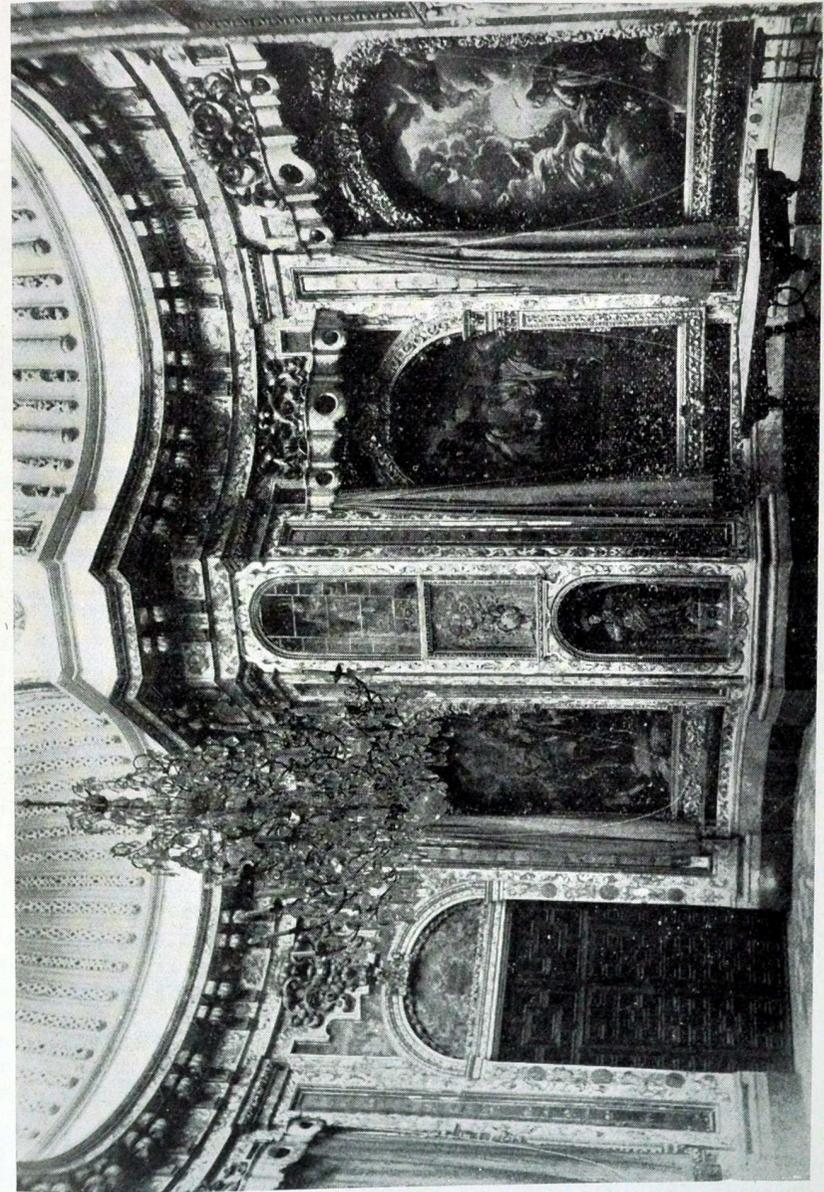
¡Qué bien arder por ti! De maravillas  
tejer una escalera rosa y nieve  
que por ella descienda tu planta leve  
y al pasar, yo adorarte de rodillas.

Con las nubes doradas  
tejer para tu pelo una guirnalda,  
y besar todas las puntadas,  
del borde blanco de tu falda.

Y un espejo con el nombre de la joven primavera  
y un requiebro que te llame como un ave mensajera  
cada tarde en tu balcón  
y para tu frente con la luna un dosel,  
y para tus pies un pequeño escabel  
con mi corazón...

DIVINA, ya tu imagen del marco se separa,  
ya la noche se llena de besos balbucientes,  
se han posado en tus hombros dos alas transparentes  
y una estrella ha bajado desde el cielo a tu cara...

CARLOS CALLEJO



ALBUM EXTREMEÑO.—Monasterio de Guadalupe. Camarin de la Virgen. (F. Javier)